

extrañéis, pues, de oírle llorar como niño pequeño entre los niños judíos: aun en ese estado tan humillante reinaba ya en la persona de los Magos, entre los gentiles (1).

¡Oh reinado misterioso de la madera del pesebre de nuestro divino Salvador!... ¡Cuán dulce es en su austeridad, cuán rico en su pobreza, cuán majestuoso en su sencillez, cuán poderoso en su debilidad!... ¡Y eso procede de que es el reinado del mismo Dios!... (2).

Detengámonos desde luego en una particularidad histórica que nos recuerda San Fulgencio. Nos dice que al mismo tiempo que Jesucristo nacía en Belén, nacía en Jerusalen Arquelao, hijo de Herodes. Pero ¡cuán grande desigualdad entre esos dos nacimientos!... Arquelao nació en un palacio, Jesucristo en un establo: Arquelao reposaba en un lecho de plata, Jesucristo en un comedero de animales: Arquelao estaba cubierto de oro y de púrpura, y Jesucristo envuelto en unos pobres pañales... Y, sin embargo, ved lo que sucedió. Al llegar los Magos á Jerusalen no buscaron ni aun se dignaron nombrar á Arquelao, el hijo de un gran Rey; no buscaron más que al hijo de una pobre Virgen. El hijo de Herodes fué soberanamente despreciado; el hijo de María humildemente adorado (3). Hacer olvidar de ese modo á los príncipes, hacerse adorar á sí mismo por los príncipes, ¿no es reinar como verdadero Rey (4)?

¡Cuán poderoso ha sido ese reinado de Jesucristo sobre los Magos gentiles!... No sólo se hizo adorar exteriormente por ellos, sino que los iluminó interiormente y los convirtió de una manera completa.

(1) Vagiebat apud judæos, regnabat apud gentiles. (*San Máximo.*)

(2) Ecce advenit dominator Dominus.

(3) Ille natus in palatio contemnitur, iste natus in diversorio quæritur. Ille à Magis nullatenus nominatur, iste inventus, supliciter adoratur. (*San Fulgencio.*)

(4) Regnabat super gentiles.

La estrella que les había servido de guía durante todo el viaje, desapareció de repente á su vista apenas pusieron el pié en la tierra de Judea. Encontráronse, pues, solos, sin guía, en un país extraño, en territorio de un Rey cruel y celoso de su autoridad, y en medio de un pueblo enemigo. Sin embargo, no se desalentaron: no se arrepintieron de haber emprendido aquella piadosa peregrinación. No temieron engañarse tomando un signo natural por un signo milagroso. El Señor de la estrella les iluminó con esa luz interior, que no deja jamás acceso á las sombras de la duda: no se quebrantó su fe, ni decayó su esperanza. Entraron en la ciudad de Jerusalen, y se fueron derechos á la Sinagoga, la iglesia de los tiempos antiguos. Tenían una confianza sin límites en que los ministros del verdadero Dios, los depositarios de los oráculos de Dios, les enseñarían la verdad. Decían en voz alta: «Ha nacido el verdadero Rey de los judíos, el Mesías, lo sabemos con certeza: hemos visto su estrella, y ese signo celestial no nos ha engañado; pero desconocemos el sitio de su nacimiento, y para saberlo venimos á vosotros. Jerusalen, ciudad de la verdad, sacerdotes del Dios vivo, debéis saberlo: vosotros sois los depositarios de sus oráculos, los intérpretes de su revelación, los ministros de sus voluntades, Decidnoslo por piedad; estamos impacientes por prosternarnos ante él, y ofrecer á sus piés, con todos nuestros presentes, el homenaje de nuestras personas: no venimos á hacer constar la verdad de un misterio ni á sondearle, sino á creer en él y adorarle (1).»

¡Oh confesión!... ¡Oh lenguaje de celestial sabiduría!... Esos verdaderos sabios aprendieron la grande y capital verdad de que en materia de Religión es preciso refe-

(1) Venerunt Jerosolymam dicentes: Ubi est qui natus est Rex Judæorum? Vidimus enim stellam ejus in Oriente, et venimus adorare eum. (*San Mateo, II, 2.*)

rirse á los ministros de la Religión: que es necesario aprender de ellos el sentido mismo y la explicación de los prodigios y de los oráculos de Dios. Aprendieron, dice un grande intérprete (1), el plan y la economía establecidos por Dios para la salvación de los hombres, que es hacerles instruir y guiar por otros hombres, á los cuales ha constituido como en depositarios de su revelación, en intérpretes de su doctrina, en dispensadores de sus misterios, en ministros de sus voluntades (2).

Ellos, siendo tan sabios y estando tan acostumbrados á dictar leyes, no se ruborizaron de convertirse en discípulos y de someterse á sus prescripciones. Los Magos aprendieron, pues, de lo alto la verdad más difícil de admitir, la de que más se tarda en penetrarse, y es que en la escuela de Jesucristo es necesario desear para conocer, es preciso orar para avanzar, y humillarse para comprender: la de que en la escuela de Jesucristo el que busca halla, el que pide obtiene, el que llama á la puerta del cielo la ve abrirse ante él: la de que en la escuela de Jesucristo la ciencia divina es el premio del que se abate cesando de apoyarse en la ciencia humana: Dios no se comunica al hombre sino cuando éste se ha despojado, y por decirlo así, vaciado á sí mismo. La gracia no comienza sino donde concluye el orgullo.

Hagamos aplicación de esto á nosotros mismos. Se nos dice: Orad, oid misa, no desdeñéis el señalar y humedecer vuestra frente con el agua bendita, usad una medalla, encomendaos á las oraciones de los demás, poneos de rodillas en el primer oratorio que se os presente... ¡Todo eso es necedad!... murmura una orgullosa razón. Pues bien; á esa necedad que nada os cuesta, se halla

(1) Cornelio á Lapide.

(2) Sic nos existimet homo ut ministros Christi et dispensatores mysteriorum Dei.

adherida vuestra conversión, vuestra dicha: el que se arrodilla incrédulo, se levanta cristiano.

¿Por qué, pues, más que los Magos, hemos de perder el tiempo en discutir lo que no se discute? Hay siempre fuera de duda un punto para el corazón enfermo ó extraviado, y es que no podría perseverar en el estado presente. Pues bien: en vez de quejarnos de que nos falta fe, imitemos á los Magos: sigamos los primeros destellos de la fe; ellos brillan, seguramente, en esa primera turbación, en ese primer malestar de la conciencia. Avancemos, que no nos faltará la luz celestial; temamos el que nosotros faltemos más bien á la invitación divina.

Mirad el ardor, el anhelante deseo de los Magos y lo profundo de su humildad, á que sólo excede la perfección de su fe. En su convicción íntima, el niño que acababa de nacer era verdaderamente el Mesías: *Rex judæorum*. Ese Mesías era verdaderamente hombre, pues que nació en el tiempo: *Natus est*. Pero ese hombre era también Dios, pues que iban á adorarle: *Venimus adorare*. Por los dones mismos que van á ofrecer á sus piés, entienden hacer una confesión exterior y simbólica de esas mismas verdades: ofreciéndole oro, le reconocen Rey; ofreciéndole incienso, le reconocen Dios, y ofreciéndole mirra le reconocen hombre mortal, predestinado á padecer y morir por el hombre.

Así, Jesucristo, iluminando sus ojos con el resplandor de la estrella, iluminó y trasformó mucho más sus almas con los rayos de la fe: les reveló las principales verdades de la Religión, les inspiró la fe en sus misterios, el deseo de profundizarlos mejor, el valor de confesarlos y la resolución de arreglar á ellos su vida. Los inundó de tanta claridad, los colmó de tantas gracias, los santificó con tanta perfección, que en algunos momentos los Magos quedaron convertidos de idólatras en cristianos, de supersticiosos en creyentes, de pecadores en justos, de

hombres de mundo en santos, y de maestros funestos del error en humildes discípulos de la verdad.

Cambiar así el espíritu, el corazón, la lengua, la vida de los hombres, atraerlos al conocimiento, al amor de Dios, ponerlos de ese modo en camino de salvación, ¿no es reinar sobre las almas y reinar como Dios? ¿Qué importa que sea un niño que solloza en medio de los judíos, cuando reina de una manera tan asombrosa sobre los más principales gentiles (1)?

Pero me equivoco: el niño divino con su llanto, el niño pobre é ignorado reina también sobre los judíos, con la diferencia de que entre estos reina principalmente por su justicia, mientras que entre los gentiles reina y reinará sobre todo por su misericordia.

Hablando de la Cruz de Jesucristo, San Agustín dijo que aun cuando no aparentaba ser más que el patíbulo de un reo, era más bien el tribunal de un juez (2): lo mismo sucedió con su cuna. Clavado en su Cruz, Jesucristo dejó precipitarse en el infierno al ladrón obstinado, al mismo tiempo que abría el cielo al ladrón creyente. Tendido en el pesebre, abandonó á los judíos á su obstinación y ceguera, al mismo tiempo que esparcía sobre los gentiles las bendiciones de la gracia con la luz de la verdad.

Al anuncio del nacimiento del Mesías, Herodes tembló, los judíos se asustaron, y toda la ciudad se conternó en vez de regocijarse (3). Porque Herodes temía perder su reino, los escribas que concluyese su monopolio, y el pueblo el castigo de sus vicios. Por eso Herodes adoptó el horrible proyecto de deshacerse del Mesías en su cuna; los escribas se hicieron sus cómplices rehuyen-

(1) Vagiebat apud judæos, regnabat apud gentiles. (San Máximo.)

(2) Crux Christi non supplicium fuit sed tribunal. (San Agustín.)

(3) Audiens autem Herodes turbatus est et omnis Jerosolyma cum illo. (San Mateo, II. 3.)

do el darle á conocer el verdadero sentido de la profecía, y el pueblo lo aprobó, al menos en la apariencia, con su culpable apatía para con su verdadero Rey y Salvador. Pero está escrito que los designios del hombre no son nada para los designios de Dios (1). Y así fué que, como David lo había profetizado, pueblos y Reyes, sacerdotes y legos, se unieron en un pensamiento conspirador contra el Señor y contra el Mesías (2).

Estaba escrito también que el que al parecer sobre la tierra no dejaba de reinar en los cielos, se burlaría de los pensamientos é ideas de aquellos hombres tan locos como desapiadados é impíos, y que los entregaría á la befa y al desprecio del mundo entero.

En vano, pues, dijo Herodes á los Magos: Id, tomad todas las noticias posibles acerca de ese niño Mesías, y volved á decirme en donde le habéis hallado: porque yo también quiero ir á ofrecerle mis adoraciones y homenajes (3). Aquel malvado, dice San Fulgencio, afectaba de ese modo la piedad en sus palabras, cuando meditaba un atentado impío y aguzaba el puñal deicida (4): pero salió frustrada su maldad. Habiendo querido explotar la piedad de los Magos y engañar su sencillez, se vió burlado por estos: *Illusus est à Magis* (San Mateo, II). Su ambición y ciego furor tuvieron que dejar escapar su presa. En vano hizo degollar á todos los niños que habían nacido en su reino de dos años abajo, sin exceptuar á su propio hijo: el niño Jesús, á quien quería inmolar á costa de tanta sangre inocente, se le escapó. Los principales sacerdotes, los doctores de la ley, y el pueblo, quedaron ciegos en castigo de su impiedad y de su indi-

(1) Non est consilium contra Dominum. (Prov., XI, 30.)

(2) Adstiterunt reges terræ: et principes convenerunt in unum, adversus Dominum et adversus Christum ejus. (Ps., II, 2.)

(3) Ite et interrogate diligenter de puero, et cum inveneritis, renuntiate mihi ut et ego veniens adorare eum. (San Mateo, II, 8.)

(4) Religionem ostendebat et gladium acuebat. (San Fulgencio.)

ferencia. Semejantes, dice San Agustín, á los obreros del arca, que después de haber suministrado á Noé y su familia los medios de librarse del naufragio, perecieron en las aguas del diluvio; semejantes á las piedras miliarias que indican el camino á los viajeros y permanecen siempre en el mismo sitio, los judíos enseñaron á los Magos á encontrar al Señor y á salvarse, mientras que ellos no le pueden encontrar, y permanecen en el sendero del vicio y de la incredulidad que conduce á la perdición.

¡Cuán patético á la par que terrible, cuán misericordioso y severo es ese juicio que desde el centro del pesebre ejerce el niño de Belén!... Se manifiesta y se da á los pastores y á los Magos, y se oculta y hace inaccesible á los judíos y á Herodes. ¡Salva á aquellos y condena á estos!... ¡Recompensa la humildad del espíritu, la sinceridad y la rectitud del corazón, y ciega y confunde la perfidia, la indiferencia y el orgullo!...

¡Cuán temible será el tribunal de ese Juez Supremo cuando venga á juzgar á los vivos y á los muertos, armado con toda su majestad, con todo su poder!... Pensemos en el terrible señalamiento que hace ya de sus elegidos y de sus enemigos: pensemos en la fuerza que despliega esa debilidad desarmada, simbólicamente encadenada en los pañales de la pobreza.

Y vosotros, grandes y venturosos del siglo cuyas bajezas y crímenes se traslucen á través del lujo y de la opulencia con que tratáis de encubrirlos; vosotros, falsos sabios, cuya ignorancia, hipocresía y presunción se vislumbran al través de todo ese aparato de ciencia engañosa con que queréis ocultarlas, recordad lo que os dice San Agustín: que vosotros también os encontraréis un día en presencia de Jesucristo, Juez Soberano de los vivos y de los muertos. ¿Qué haréis, qué diréis entonces? ¿Cómo podréis sosteneros ante el tribunal de un Dios cuyo humilde nacimiento fué tan temible á los Reyes de

la tierra? ¿Cómo podréis soportar la faz amenazadora, la severa mirada del Dios Juez, que llenó de terror al crimen cuando vino á la tierra en su cualidad de Salvador? ¡Ah! temed á Jesucristo, que hoy se sienta glorioso á la diestra de su Padre, y que hizo palidecer la impiedad sobre el trono cuando todavía niño descansaba en el regazo de su madre (1).

Comprendedlo bien, almas sencillas pero cristianas; vosotras no tendréis que temer á ese Rey de los cielos el día que venga con toda su majestad: vosotras habéis sabido conocerle y amarle cuando sólo se reveló por su benignidad y su dulzura inofensiva. Pues bien, conociendo de ese modo, amando así á Jesucristo, os habéis mostrado infinitamente más sabias, más ilustradas, más filósofas que todos los hombres ilustrados, que todos los sabios, que todos los filósofos del universo que se han manifestado antipáticos ó indiferentes á la humildad del Salvador. Vosotras habéis sabido comprender lo que se escapa á tantas cabezas bien organizadas: porque Dios, dejando al hombre su libre albedrío y su razón, quiere no obstante reinar sobre él, y no dejarle vivir según las fantasías y caprichos de su corazón. Sí, Dios quiere reinar sobre nosotros por su Cristo, y que ese reinado se perpetúe por toda la duración de los siglos. Esto lo vamos á demostrar en la serie de este discurso.

TERCERA PARTE.

No creáis, nos dice San León, que el grande y delicioso misterio del reinado de Jesucristo en su Epifanía, no ha tenido su complemento sino en los Magos y por los

(1) Quid autem erit tribunal judicantis quando superbos Reges timere faciebat præsepe infantis? Pertimescant Reges ad Patris dexteram jam sedentem quem Rex impius timuit adhuc matris ubera lambentem. (San Agustín, sermón XXX, De tempore.)

Magos, y que no nos ha quedado de él más que un recuerdo estéril, una simple página de la historia (1).

Esa manifestación de sí mismo que Jesucristo hizo entonces á los Magos gentiles, fué la figura, el principio y la prenda de la manifestación de los mismos misterios que hizo más tarde al mundo entero por la predicación del Evangelio. La estrella de Belén, desde que apareció, no ha vuelto á ocultarse: radiante con un resplandor inmortal, da la vuelta al mundo. Porque (conviene que se sepa bien) esa estrella, en su verdadera significación, no es más que la luz y la gracia del Evangelio, que ilumina y santifica sucesivamente las diversas regiones de la tierra, y que no cesa jamás de hacer conquistas entre los hombres de buena voluntad, dóciles á sus impresiones. Así, todos esos pueblos bárbaros que vemos diariamente convertirse al cristianismo, son como nuevos Magos, que acuden de todas partes de la tierra para reconocer el poder y la majestad de Jesucristo, soberano Rey de los cielos (2).

En una palabra, concluye San León; toda nueva luz que desde la Epifanía brilla en los corazones tenebrosos de los hombres y los convierte, no es más que el reflejo de la antigua luz, no es más que la dilatación de los rayos de la estrella que iluminó á los Magos (3).

Así los primeros conocimientos que hemos recibido desde nuestra más tierna edad por nuestras bondadosas y cristianas madres y por los Pastores de la Iglesia, el conocimiento de Dios Criador y de sus atributos, de Jesucristo Nuestro Salvador y de sus misterios, del

(1) Neque enim ita emensus est dies ille ut virtus operis quæ tunc est revelata transierit, nihilque ad nos nisi rei gestæ fama pervenerit. (*San León.*)

(2) Radiat namque stella duplo per gratiam; et novi Magi coruscatione evangelici fulgoris acciti, in omnibus quotidie nationibus, ad adorandam potentiam Summi Regis accurrunt. (*San León.*)

(3) Quidquid in tenebricosis cordibus novæ lucis apparet, ex illius stellæ radiis micat. (*San León.*)

hombre, de su origen y de su destino, de la verdadera religión, sus dogmas, su culto, sus leyes y todas sus prescripciones; el primer conocimiento que hemos adquirido de todas esas grandes é importantes verdades que la razón humana, después de tantos siglos de investigaciones y disputas, jamás había podido descubrir, y que hemos recibido sin estudio, sin trabajo y sin esfuerzos; ese conocimiento, vuelvo á decir, no es más que la repetición, la aplicación perpetua é individual que la bondad de Dios hace á cada uno de nosotros del misterio de la revelación de los Magos. Y así como la comunión eucarística no es más que el misterio de la Encarnación individualizado, personificado en el cristiano que comulga, del mismo modo el símbolo de los Apóstoles que nos han enseñado, no es más que el misterio de la Epifanía aplicado, individualizado, personificado en cada hombre que cree. El símbolo de la comunión de los espíritus, como la comunión eucarística, es el símbolo de los corazones.

No somos, pues, cristianos por casualidad, ni por efecto de una gracia general y común concedida á nuestros padres. Somos cristianos por una gracia enteramente particular, por la repetición individual, personal, de la vocación de los Magos. La única diferencia entre nosotros y aquellos está, dice San Agustín, en que los Magos supieron por la estrella lo que nosotros hemos sabido por nuestras madres y por el ministerio de la Iglesia; por manera que la lengua de esos ministros, la lengua de nuestras bondadosas y tiernas madres, ha sido nuestra estrella, como ésta fué la lengua que instruyó á los Magos. Las lenguas terrestres nos han enseñado la misma religión que los Magos aprendieron por una lengua celestial, la de la estrella (1). Aunque por

(1) Nobis hoc lingua nuntiavit Apostolorum quod Magis stellæ tanquam lingua cælorum. (*San Agustín.*)

medios diferentes, la misma voz nos llama; la misma gracia nos mueve, la misma luz nos ilumina, la misma guía nos conduce á los piés de Jesucristo, que nos ha dispuesto á creer sus misterios, á adorar su persona, á invocar su nombre, á esperar en su misericordia, á amar su bondad y á aguardar sus recompensas. El milagro de nuestra creencia y de nuestra profesión de cristianos, porque en verdad lo es, no es más que la repetición del milagro de la conversión de los Magos. Es el ejercicio del reinado de Jesucristo, que, inaugurado en la vocación de los Magos, se ha prolongado hasta nosotros, y se perpetuará en el mundo hasta que termine. *Ecce advenit dominator Dominus.*

Herederos, pues, de la misma gracia, del mismo beneficio que los Magos, debemos á Dios el tributo del mismo reconocimiento; debemos imitar sus actos y practicar sus virtudes. A su ejemplo, prosternados á los piés de Jesús, debemos adorarle profundamente en espíritu y en verdad como á nuestro Salvador y nuestro Dios: *Et proidentes adoraverunt eum.* A su ejemplo debemos ofrecerle el incienso de la fe, la mirra de la esperanza, el oro de la caridad: debemos ofrecerle también el incienso de la piedad, la mirra de la templanza y de la mortificación, el oro de la justicia y de la pureza sin mancha; y, en fin, la mirra de la penitencia, el oro de la limosna, y el incienso de la oración y de la alabanza: *Aurum, thus et myrrham.* Debemos escuchar la voz celestial que nos manda despreciar y olvidar á Herodes, es decir, la tiranía de la opinión, la enseñanza funesta de todos los maestros de errores, y á los autores y cómplices, sean cuales fueren, de todos nuestros extravíos: *Responso accepto ne redirent ad Herodem.* Debemos además, desde hoy mismo, entrar en un camino enteramente nuevo, y comenzar á hacer una vida nueva y enteramente diferente. Entonces, con la estrella de la ver-

dadera religión ante nuestra vista, con la esperanza y el júbilo en nuestros corazones, y las buenas obras en nuestras manos, llegaremos á nuestra verdadera patria al cielo para que hemos sido criados: *Per aliam viam reversi sunt in regionem suam.*

¡Ya lo oís, cristianos! otro camino y otro término. Lejos de nosotros las exhortaciones de la falsa filosofía, que colocando á un mismo nivel á Sócrates, Platón, Jesucristo y Descartes, toma el tono más melifluido para declararos que su objeto es el del Evangelio, y que con muy corta diferencia en el lenguaje y en las formas, la religión del Evangelio y la de la filosofía moderna tienen un mismo origen y una patria común. No, no; ni el punto de partida, ni el camino, ni el término, son los mismos entre nosotros y la filosofía que ha cesado de ser cristiana. La filosofía degenerada tiene su punto de partida en el hombre, se apoya en su camino únicamente en el hombre, y cree hacer mucho cuando ha elegido, por su eclecticismo, entre hombre y hombre: en fin, todas sus aspiraciones se cifran en buscar ese Dios abstracto cuya actividad y personalidad permanecen inciertas. Para nosotros nos es necesario el Dios Criador y Salvador; el Dios que habló el primero por la revelación primitiva y por los profetas, por los milagros y por la Iglesia; el Dios que no se ha hecho buscar, sino que ha venido á buscar al hombre; el Dios que se ha abatido hasta nosotros, en la imposibilidad en que se encontraba la humanidad de elevarse hasta Él; el Dios Encarnado que se hizo niño para mejor dejarse acercar, tocar y acariciar de todos; el Dios crucificado que se hizo víctima para dar precio á nuestras ofrendas y certificarnos que el Altísimo se digna echar hacia nosotros una mirada favorable: nos es necesario el Dios luz de la luz, que volviéndose á los cielos ha dejado siempre subsistente el rayo luminoso que debe conducirnos á ellos con toda seguridad. Así sea.